

El (re)descubrimiento del Apóstol Santiago, religión y nacionalismo en la España decimonónica

TOJA OVIEDO, Alejandro / FFyL - UBA - a.tojaoviedo@gmail.com

Tipo de trabajo: ponencia

› *Palabras claves: redescubrimiento, nacionalismo, Santiago, legitimidad, Siglo XIX*

› **Resumen**

En este trabajo abordaremos la importancia, desde la Edad Media y hasta el advenimiento de a la Monarquía Hispánica en el siglo XVI, de la figura del Apóstol Santiago, cuya tumba fue descubierta en la Península en el siglo VIII. El caso que estudiaremos será, en este contexto, el del denominado redescubrimiento en siglo XIX de la tumba de Santiago. Es el arzobispo compostelano, Miguel Antonio Domingo Payá y Rico, quien se embarcó en a la tarea de encontrar los supuestos restos del Apóstol, que habían sido salvaguardados en secreto debido a la posibilidad en 1589 de que el corsario inglés Francis Drake, atacara las costas gallegas. Los restos permanecieron perdidos y junto con ellos también el interés de la ciudad como centro de peregrinación importante. Estudiar el proceso de redescubrimiento del Apóstol y de su posterior legitimación científica, religiosa y popular a través de los restos arqueológicos, la literatura, y su repercusión en la opinión pública en la prensa de época, consideramos será un valioso aporte a los estudios sobre el nacionalismo y su relación con la religión en España.

› **Introducción**

En las últimas décadas se han multiplicado los estudios sobre el nacionalismo como un fenómeno tanto sociológico como histórico. En estas investigaciones se han abordado entre sus pilares, y parte de sus características como una lengua compartida, la identificación con una cultura y antepasados en común, la reivindicación un territorio propio, etc. Autores como Perry Anderson y Eric Hobsbawm señalan, con diferencias, que los aspectos religiosos han sido y son importantes como elementos constitutivos y legitimadores, no solo en Occidente, sino en todo el mundo a partir del siglo XIX. Una de estas características, ha sido, no sin sendos debates, el rol de la religión como componente importante del

nacionalismo. En el caso español, una imagen religiosa de importancia, desde la Edad Media y hasta el advenimiento de a la Monarquía Hispana en el siglo XVI, es la del Apóstol Santiago. Apodado como el Matamoros, a partir de la mítica Batalla de Clavijo, pasó a formar parte de la identidad española y cristiana, bajo un aura conquistadora, primero de la Península, y luego de América.

Santiago de Compostela paso a ser una de las principales ciudades de peregrinaje de la cristiandad, junto con Roma y Jerusalén. Esto se debió por un lado al impulso de reyes como Alfonso VI y Sancho Ramírez, así como también al accionar de la Orden de Cluny, que predicó e impulsó las peregrinaciones en a Santiago. José Álvarez Junco (2010: 22) ha denominado a la tumba de Santiago como el “elemento fundamental de la identidad hispana, e imán de atracción para el interés europeo”. Debido a esto, y con el advenimiento de la modernidad, el catolicismo, y la figura del Apóstol, eran con la Monarquía, los elementos que cohesionaban a las distintas identidades regionales y locales que habitaban la Península, América y Asia. Sin embargo, la adoración y peregrinación a la tumba del Apóstol en Santiago de Compostela entró en decadencia hacia el siglo XVIII. Entre los motivos podríamos nombrar la poca seguridad del Camino debido al pillaje, la expansión de la fe protestante desde la Reforma, la Ilustración y desde luego las propias guerras intestinas en la Península. Es en el contexto del siglo XIX, que se da el hallazgo y la posterior validación científica de los mismos, involucrando tanto a universidades españolas como al propio papa León XIII. Es importante aquí señalar dos puntos importantes: en primer lugar estamos ante el papa que había llamado al Concilio Vaticano I en 1869, introduciendo cambios que comenzaron a adaptar a la Iglesia a un mundo moderno, secular y capitalista; y en segundo lugar también es importante señalar el contexto del nacimiento de los nacionalismos en Europa, pero también dentro de la Península, sobre todo los casos catalán y vasco, que ahora comprometían el monopolio cultural y estatal castellano de la monarquía española.

Nos parece también relevante subrayar cuales temas no trataremos en esta breve investigación. Nuestro objetivo es, por un lado, la hipótesis de que este redescubrimiento material y simbólico del Apóstol Santiago signifique una síntesis entre el naciente nacionalismo español y la expresión identitaria católica y monárquica que había marcado el Antiguo Régimen desde el siglo XVI. Señalamos no solo este periodo como el germen del nacionalcatolicismo, sino también al *re inventio* como hito de fundación del mismo. Tomaremos como marco teórico a una de las corrientes sobre estudios de la historia del nacionalismo que historiográficamente ha surgido recientemente como una respuesta tanto al paradigma modernista como al perennialista. Es el historiador Anthony Smith quien, tomando conceptos de ambas teorías, desarrollo lo que dio en conocer como etnosimbolismo. Este marco teórico se presenta como una suerte de camino intermedio entre el modernismo y los enfoques anteriores. De hecho, de todos los cuestionamientos a la ortodoxia modernista es el que parece presentar más solvencia y atractivo de cara a plantear una verdadera alternativa al modernismo tanto en las ciencias sociales como en la historiografía. Además,

gracias a su carácter de compromiso, de todos sus críticos es el que está en mejor posición para dialogar con el modernismo e introducirse en el debate actual. El etnosimbolismo parte de algunos puntos en común con la mayoría de los modernistas, a los cuales añade sus críticas y propuestas alternativas. Estos rasgos en común son: considerar que las naciones son comunidades sociológicas reales, no meros inventos o cogniciones equivocadas; que las naciones son comunidades de acción dotadas de sentido y dinamismo; a su vez, estas comunidades históricas deben entenderse, por tanto, desde sus contextos históricos y geo culturales específicos. Sin embargo, los desacuerdos comienzan pronto y llegan hasta los distintos pilares del enfoque etnosimbólico (Smith, 2004).

Smith plantea que los puntos centrales de esta escuela son: en primer lugar, la creencia de que la mejor forma de llegar a la profundidad y complejidad del fenómeno es otorgar mayor importancia a los recursos simbólicos, todos aquellos elementos culturales que representan y definen subjetiva e idealmente la identidad nacional y la propia comunidad nacional en sí; es también la negación de que las naciones son fenómenos exclusivamente modernos. Más bien, se sostiene que muchas naciones hunden sus raíces en épocas de la historia muy anteriores a la modernidad, por lo que es necesario adoptar un enfoque cronológico de larga duración, por lo que para varios casos se prefiere hablar de la existencia de «antecedentes», no de la nación en sí; en tercer lugar la concesión de un papel central al concepto de etnia y etnicidad (Smith utiliza la transliteración de los conceptos griegos *ethnos* en singular y *ethne*¹ en plural; es también el desafío a la idea modernista de que la nación emerge con los procesos de modernización. Para los etnosimbolistas, esa discontinuidad no existe. Más bien, cada proceso de construcción nacional es independiente y depende mucho más de los conflictos internos y externos que cada caso presenta, relacionados con la modernización o no, así como de las reinterpretaciones y reelaboraciones culturales que se pueda hacer de ellos; y finalmente, el aspecto con el cual trataremos de conceptualizar al proceso dado en torno al redescubrimiento del cuerpo del apóstol, Smith rechaza de la visión modernista de construcción nacional elitista y desde arriba y defensa de un enfoque más colectivo, que preste atención a las dinámicas «desde abajo», a las experiencias cotidianas y a las instituciones más próximas a la mayoría de las personas, aunque tampoco desarrolla esto mucho más. Smith utiliza el tropo de que puede que sean las élites la principal fuente de los discursos y acciones nacionalizadoras, pero sus esfuerzos serían incapaces de atraer a nadie si su formulación y contenidos no sintonizaran con unas condiciones determinadas; si no tocan el acorde adecuado para establecer esas relaciones, aprovechando esa predisposición o sensibilidad cuyo origen no se puede encontrar en las élites.

¹ El autor establece una relación entre naciones y grupos étnicos, sustanciada, a nivel teórico, en que su funcionamiento proporciona las claves para entender aspectos fundamentales de la nación y el nacionalismo, como su capacidad para anclarse en las emociones de las personas y, a nivel histórico, por los numerosos casos en los que las naciones se han construido a partir de la etnicidad.

Es en la historia de la religión y la cultura popular, en tono no solo a la devoción a Santiago, sino También a las redes construidas durante siglos de peregrinación a través del Camino, que sostenemos que esta resignificación simbólica de una figura religiosa tuvo un giro hacia un símbolo de nacionalidad española que, hacia fines del siglo XIX, tanto la Iglesia como la Monarquía tenían interés en promover y afianzar. Esto sería aún más evidente hacia el Desastre del 98, pero creemos que el proceso iniciado con la denominada Guerra de Independencia, tal como lo señala Álvarez Junco (2010), marcó un siglo de conformación del nacionalismo español, así como de otros regionalismos, que en este siglo mutarían en flamantes nacionalismos , como es el caso del País Vasco y Cataluña.

› ***Santiago en España***

Para comprender la importancia de la figura mítico-religiosa del Apóstol Santiago debemos remontarnos a la Baja Edad Media y específicamente el descubrimiento milagroso de la tumba del apóstol que tuvo lugar en el territorio de Amaia, valle que ocupa el suelo comprendido entre los ríos Sar y Sarela, acontecimiento que abre una nueva etapa en las relaciones asturianas y gallegas. Según la tradición oral, a comienzos del siglo IX Asturias asume de inmediato que se trata del sepulcro del apóstol Santiago en tierras de Galicia y que el monarca promoverá desde entonces su culto con otorgamiento de bienes y privilegios, y colaborando estrechamente en la fundación del santuario jacobeo que luego dará lugar al nacimiento de la ciudad de Compostela.

En algún momento de la tercera década del siglo IX, se produce el hallazgo de la sepultura del apóstol Santiago en la diócesis de Iria, y su obispo Teodomiro promueve el culto jacobeo. Se traslada por propia iniciativa al Locus Sanctus y el núcleo Iria-Compostela se convierte en un nuevo centro espiritual del reino unificado, convirtiéndose pronto en uno de los lugares más santos del orbe cristiano, foco de atracción de peregrinos de toda la Cristiandad. Se dice que el propio rey Alfonso acude y patrocina el desarrollo alrededor del sacro enterramiento, lo que convierte a lo jacobeo en un símbolo compartido que une a asturianos y gallegos en una patria común. Así es como Alfonso II, se convierte en el primer monarca de Asturias y Galicia unidas, una posición bendecida desde las alturas, por el apóstol Santiago, patrono celestial de la unión de asturianos y galaicos.

Pero el proceso compostelano como elemento que se incorpora al proceso astur-galaico tuvo su propia trayectoria que no se instala con la inmediatez, sino que se integra en un proceso de unificación de Asturias y Galicia ya muy consolidado en el que cabe deducir que Alfonso II se toma su tiempo antes de asumirlo. El hallazgo del sepulcro jacobeo fue un suceso de ámbito local en el que el monarca asturiano no tuvo protagonismo, sino que el aviso al monarca fue una iniciativa exclusiva del obispo Teodomiro, advertido de la naturaleza su hallazgo y buscando que fuera dado a conocer y sobre todo que fuera

protegido de los ataques islámicos y normandos, y que obtuviera una dotación formal que permitiera la creación del primer núcleo de edificación. El relato del descubrimiento, legendario incorpora elementos que hacen verosímil deducir que se trataba de un culto local, lo que junto a antecedentes documentales que hablan de la existencia del sepulcro apostólico como el relato de Aldhelmo de Malmesbury (s/f) y Beda el Venerable durante el siglo VII (Baró Queralt, 2017), permiten vislumbrar que lo que identificará Teodomiro como la existencia de una antigua tumba escondida, pero de existencia local conocida.

Lo primero es elaborar un relato, legendario y sobrenatural conforme a la costumbre de la época que justifique el hallazgo y su notificación formal al mundo cristiano: el sepulcro del apóstol Santiago y sus discípulos Atanasio y Teodora. Finalmente, el hallazgo parece que convenció a Alfonso II, que organizó un viaje oficial con la corte a la tumba compostelana, y mandó construir en 834 una iglesia que acogiese al mausoleo. Teodomiro presentó argumentos que acreditaron al monarca su certeza en el hallazgo, y éste termina por reconocerlo y avalarlo.

Autores como Américo Castro (1966) se embarcan en una arqueología de la iconografía de Santiago refieren que las formas que adquiere el santo responden a un fenómeno de transposición. Se trata de la resignificación de ciertos mitos o características de determinados personajes que en una nueva religión son retomados en función de adaptarse a la nueva situación. En este caso, en los inicios medievales del culto a la tumba de Compostela se confundía a Santiago, el Mayor, con el hermano de Cristo, del mismo nombre, pero hijos de distinto padre, según el texto bíblico. Al parecer, la iconografía de Santiago como caballero montado en su corcel blanco que asiste a las batallas en los momentos más álgidos para defender al ejército español.

Se representa para el siglo IX a Santiago como caballero y ecuestre, profusamente difundido por la Orden de Santiago, se remonta al modo en cómo habría aparecido en la batalla de Clavijo en 844 asistiendo a las tropas de Ramiro I en la lucha por la Reconquista de España. Un aspecto para subrayar de este tipo iconográfico de Santiago es su condición de “matamoros”. Podríamos aducir al respecto dos factores, que de todas maneras están implicados: por un lado, es en este momento que toma un gran protagonismo la figura del caballero, como héroe, y se sostiene y difunde gracias al auge del género de las y así, contribuían a la difusión de dicho tipo iconográfico en el imaginario social enfatizando la condición heroica del Apóstol.

Esto es debido a que, en medio de las penurias de la batalla de Clavijo, apareció el apóstol con una espada en mano sobre un reluciente caballo blanco para salvar a sus discípulos y derribar a los musulmanes. Fue esta figura mítica en Clavijo la que más marcó a la Península Ibérica, especialmente a partir de 1150, con la aprobación por parte de Alfonso VII del citado documento sobre Ramiro I (Jiménez de Rada y Fernández Valverde, 1989: 178), transformando a Santiago en protector de la humanidad para sus

peregrinos a enemigo de los musulmanes. Buscar la ayuda divina en esta batalla fue propio de ambos bandos, cristianos y musulmanes.

Es en el año 882 finalmente, cuando aparece el primer episodio mítico del guerrero de Santiago, se redactó, según se señala en el cual se proclamó ángel de la guarda del reino. Y esto ve reflejado en la decisión política y religiosa de implementar en los reinos cristianos el denominado Voto de Santiago:²

Nosotros, todos los cristianos de España, hemos prometido con juramento dar cada año a la iglesia del bienaventurado Santiago todos estos donativos, votos y ofrendas que arriba se indican y así tenemos canónicamente determinado que se observe perpetuamente por nosotros y nuestros descendientes. Por tanto, os pedimos Padre omnipotente y Dios eterno, que mediante los méritos del bienaventurado Santiago no os acordéis, Señor, de nuestras iniquidades, sino que sola vuestra misericordia nos valga, aunque indignos de ella. Y todo cuanto al honor vuestro dimos a vuestro bienaventurado apóstol Santiago y ofrecimos de las cosas que de vos y por su medio hemos adquirido para nosotros y nuestros sucesores [...] La Rioja. Ayuntamiento de Clavijo. El Voto de Santiago (s/f).

Lo cierto es que, a partir del siglo X, comienzan las peregrinaciones a este lugar santo. Hacia el año 1120 Santiago de Compostela alcanza su máximo apogeo, su obispo Gelmírez consigue, en 1124, que el Papa Calixto II otorgue el jubileo y en el año 1126 finaliza la construcción de la catedral románica, tras cincuenta años de duros trabajos. El parentesco de Calixto II con la realeza asturiana-leonesa facilitó mucho los éxitos de gestión del poderoso Gelmírez. Hacia el siglo XVI, la peregrinación a Santiago ya había entrado en una profunda crisis, pero en el año 1589 va a ocurrir un hecho que casi consigue que quede olvidada. El 4 de mayo de este mismo año, un año tras el desastre de la Armada Invencible, un fuerte contingente inglés desembarca en el puerto de La Coruña al mando del pirata Drake. La intención es realizar una expedición de castigo que comprende la devastación de la zona, la destrucción de las reliquias de Santiago y atacar Portugal, que entonces forma parte de España bajo la corona de Felipe II. Esta alarmante situación lleva al arzobispo de Santiago, Juan San Clemente, a desenterrar los restos y esconderlos en una zona situada en el ábside de la basílica. La operación fue un total éxito, pero el secretismo con que fue realizada ocasiona que, tras la muerte de Juan San Clemente, los restos del Apóstol no estuvieran localizados por nadie. Hay que recordar que San Clemente no sólo temía las ansias destructoras de Drake, la intención de Felipe II de trasladar los restos del Apóstol a El Escorial eran temidos casi igualmente. En el siglo XVIII, el arzobispo Monra introdujo en el Altar un sarcófago vacío, desconociéndose sus motivos.

> ***El redescubrimiento***

² El Voto se trató de una renta eclesiástica tuvo una importancia capital para el sostenimiento de las instituciones que la percibían: al arzobispo y al cabildo compostelanos, sus destinatarios naturales, les correspondían los votos de Galicia, Castilla-León y tierras al sur del Tajo, con la salvedad del antiguo reino de Granada, el cual los Reyes Católicos dejaron por fuera de su percepción.

Es entonces ya en el siglo XIX, en un contexto de agitación política, debida a los conflictos entre conservadores y liberales, que se cristalizaron en las guerras carlistas y la pérdida de la mayor parte del imperio hacia el primer cuarto de siglo, que el concepto de nación española comienza a tomar forma. Como señala Álvarez Junco, nacionalismo cultural. Según el autor, las elites intelectuales comenzaron a difundir símbolos identitarios que sirvieron para fundamentar un programa político, que tendió a conformarse a la futura masividad de los movimientos nacionalistas. Es en el siglo XIX cuando se establecen las fronteras físicas estatales, es en decir de Álvarez Junco (2010: 27) la creación de una “conciencia nacional” en contraposición a sus estados vecinos, como Francia y Portugal. Es a mediados del siglo que, con el surgimiento del romanticismo en España. Que todo tendió a basarse en postulados pseudocientificistas, como los rasgos raciales. Ahora bien, si nos centramos en los aspectos que cimentaron a los movimientos nacionalistas fueron los lingüísticos, la necesidad símbolos y unicidad de símbolos como la bandera y el himno, por ejemplo. También hace referencia a esa mítica e imperial Edad de Oro, con la idea de recuperación de lo ideal y fue arrebatado. El nacionalismo posee entonces, implícitamente, una misión redentora, con el objetivo de llegar a un destino privilegiado.

En este proceso de invención de la tradición, si lo tomamos en los términos de Eric Hobsbawm (2002), la tradicional identidad de la monarquía, desde el comienzo del siglo XIX fue un problema para los liberales a transformar en la Nación. Asimismo, la decisión, consciente o no, de basar esa identidad cultural castellana, provoco también la reacción de los regionalismos. La búsqueda de una historia común, de una memoria colectiva, del siglo XIX: supraindividual, no ya sobre cosas remotas, sino memorias secundarias que contaron a sus descendientes directos. Todo iniciado aparte en siglo XVIII. Con objetivo de depurar fabulas, superar historia militar para enfocar en lo civil. De esta manera, según Álvarez Junco (2010) entonces no se trata solo de intereses académicos, sino de una homogeneización ilustrada, creando ahora sí, una historia de España.

Esta historia ahora, contraria con una historiografía menos fantasiosa que de la era imperial, por lo que la intención desde un comienzo significaba desmontar los cimientos míticos, aunque, como veremos en el caso de Santiago, finalmente tanto los liberales como los conservadores cedieron en sus proclamas más extremas. Es ya promediando el siglo XIX cuando el contexto político, como veremos es clave para que este *re inventio* sea un hito religioso, cultural y político, no coincidió plenamente con las expectativas liberales.

Con la proclamación de la I República Alfonso XII tuvo que exiliarse a Gran Bretaña. Antonio Cánovas del Castillo facilita el Manifiesto de Sandhurst, firmado el 1 de Diciembre de 1874, donde el borbón ratifica su intención de ser rey de España y se presenta como un rey católico, español, constitucional y liberal. La restauración se produjo el 29 de Diciembre de 1874 con el golpe exitoso de Arsenio Martínez-Campos. Cánovas se proclamó presidente del consejo de Ministros mientras Alfonso XII no asumió su

reinado, hecho que se produjo el 14 de Enero de 1875, donde juro su reinado frente a las Cortes. En 1876 se producen las primeras elecciones de la Restauración, que tuvo carácter constituyente, donde se impuso Antonio Cánovas del Castillo y se redactó y estableció la Constitución de 1876. Estas elecciones tuvieron un alto índice de abstención y estaban presumiblemente manipuladas por el sistema de turno. La constitución de 1876 tuvo grandes parecidos con la de 1869, teniendo sus grandes puntos en: La soberanía sería compartida entre el Rey y las Cortes, teóricamente a partes iguales, El poder legislativo está compartido entre las Cortes y el Rey, pudiendo este vetar, promulgar, anular leyes y disolver cámaras, el rey tiene el poder ejecutivo, pudiendo vetar y nombrar al jefe del Gobierno y a todos los ministros. Se introduce el sistema de oposición que está en vigor actualmente y se establece el estado como Estado Confesional Católico. Ya asentado, el rey Alfonso XII declaró que su intención era la consolidación de la monarquía y la estabilidad institucional, hecho que le hizo ganarse el apodo de “El Pacificador”. Es justamente en este contexto que surgen dos figuras que tuvieron una relevancia mayúscula en el proceso del *re inventio*: Antonio López Ferreiro, y Antonio Paya y Rico.

Por un lado, Antonio López Ferreiro, destacado arqueólogo, historiador y canónigo de la Catedral de Santiago de Compostela en España, se formó en el Seminario de Mondoñedo y posteriormente en la Universidad de Santiago de Compostela, donde se graduó en Filosofía y Teología. Luego de su ordenación sacerdotal, se dedicó al estudio de la historia y la arqueología, especializándose en la historia de la Iglesia y del Camino de Santiago. En 1867, fue nombrado canónigo de la Catedral de Santiago de Compostela, cargo que desempeñó durante más de cuarenta años. Durante su tiempo como canónigo, López Ferreiro se destacó por su labor en la reconstrucción y restauración de la cripta de la catedral, así como por su investigación y estudio de la historia y el arte relacionados con el culto apostólico en Santiago de Compostela.

López Ferreiro también fue un prolífico escritor y publicó numerosos trabajos sobre la historia y la arqueología de Santiago de Compostela y del Camino de Santiago. Sus obras más destacadas incluyen "Historia de la Santa A.M. Iglesia de Santiago de Compostela" y "El sepulcro del Apóstol Santiago". El rol de Antonio López Ferreiro en el proceso de *re inventio* de la tradición jacobea fue fundamental. Como canónigo de la Catedral de Santiago de Compostela, se dedicó a promover y defender el culto apostólico en la ciudad, así como a investigar y difundir la historia y el arte relacionados con el Camino de Santiago. Su rol fue decisivo en la utilización del arte y la arquitectura como herramientas de legitimación política y religiosa. Participó en la reconstrucción y restauración de la cripta de la catedral, devolviéndole su importancia testimonial y simbólica. Además, promovió la creación de obras plásticas decorativas, como el tríptico de Brocos, que ilustraban las creencias relacionadas con Santiago y defendían la presencia del apóstol en Hispania. Su labor contribuyó a reafirmar la importancia de Santiago de Compostela como centro de peregrinación y a revitalizar el culto y las tradiciones jacobeanas. Su trabajo como historiador y

arqueólogo también fue fundamental para documentar y difundir el legado histórico y cultural de la ciudad. Por otro lado, Miguel Antonio Payá y Rico, ordenado en 1836 como sacerdote, se convirtió en catedrático de la Universidad, impartiendo diversas materias. Debido a su tendencia política liberal y su afinidad a la dinastía Borbón, fue privado de su cátedra universitaria en 1841, lo cual sería importante más adelante. Tal es así, que, en 1857, fue nombrado predicador mayor de la reina Isabel II, y en 1858, fue nombrado obispo de Cuenca, donde organizó diversas asociaciones benéficas y mostró su generosidad al regalar su coche y parte de su fortuna personal a los pobres durante una época de hambruna en la ciudad. Durante su tiempo en Cuenca, vivió el destronamiento de Isabel II y la proclamación de Amadeo de Saboya como rey de España.

Es a partir de 1858 cuando se destacó por su labor en la Catedral de Santiago de Compostela. Durante su tiempo como arzobispo de Santiago, promovió excavaciones y restauraciones en la catedral, que llevaron al hallazgo de una tosca urna depositada detrás del altar mayor. Esta urna, según la opinión de tres profesores universitarios de la época, podía contener los restos del apóstol Santiago y sus discípulos Anastasio y Teodoro. Para verificar la autenticidad de estos restos, se establecieron dos procesos paralelos, uno promovido por el arzobispo de Compostela y otro por el Papa, dirigido por monseñor Agustín Caprara, promotor de la Fe.

Esta importancia la podemos ver en la publicación de Domingo Bartolini (1885) *Apuntes biográficos de Santiago Apóstol el Mayor, y exposición histórico-crítica y jurídica de su apostolado, traslación del cuerpo del mismo a España y su reciente descubrimiento*:

Al fin es ya un hecho lo que constituía fundadísima esperanza. Al fin bajo el Pontificado « gloriosísimo del Emmo. Sr. Cardenal Paya y « Rico vuelve Compostela á venerar aquellos restos « sobre los cuales edificó la fé de Alfonso II el « Casto el templo del Apóstol Santiago [...] Mas como el actual Arzobispo Compostelano Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal Miguel Payá y Rico haya trabajado desde algunos años há por la restauración de esta Basílica, maduró en su mente con tal ocasión el piadoso consejo de buscar el sitio en que permanecían guardados los Sepulcros de Santiago Apóstol y sus discípulos Atanasio y Teodoro (Bartolini, 1885).

Antonio López Ferreiro se basó en diversas fuentes para su trabajo arqueológico en relación con la tumba del apóstol Santiago. Entre las fuentes utilizadas se encuentran. Documentos y registros del archivo de la Catedral de Santiago de Compostela, donde López Ferreiro tuvo acceso a una gran cantidad de información histórica y documental relacionada con la tradición jacobea; el ya célebre *Códice Calixtino*, un manuscrito del siglo XII que recopila información sobre el Camino de Santiago y la historia del apóstol Santiago. Este manuscrito contiene relatos y leyendas relacionadas con el descubrimiento de la tumba del apóstol; y también Otras crónicas y libros de viajes que recopilaban tradiciones y textos manuscritos observados por estudiosos anteriores, como Mauro Castellá y Ferrer y Ambrosio de Morales. Es importante destacar que López Ferreiro también realizó excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago, lo que le permitió obtener evidencias materiales relacionadas con la tradición jacobea. Es por

eso por lo que, hacia finales de la década de 1870, cuando fueron las primeras excavaciones, como fue el proceso, que descubrieron y que se teorizó en base a ellas. Las primeras excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago de Compostela se llevaron a cabo entre 1878 y 1879, bajo la supervisión del cardenal Payá y con la participación de Antonio López Ferreiro. El objetivo principal de estas excavaciones era encontrar las reliquias que se creían habían sido desplazadas de lugar para protegerlas. Durante las excavaciones, se exploró el área del altar mayor de la Catedral y de la girola. Encontraron un sepulcro de piedra que se creyó ser el lugar donde se habían escondido las reliquias. Además, se descubrieron restos humanos que se identificaron como los de Santiago y sus dos discípulos, Atanasio y Teodoro.

Así las cosas, en 1878 el cardenal D. Miguel Payá Rico ordenó el inicio de las excavaciones arqueológicas dirigidas por D. Antonio López Ferreiro y D. José María Labín, que terminaron sus trabajos el 1 de febrero de 1879. Habían encontrado bajo el Altar Mayor una cripta rectangular dividida en dos compartimentos: una celda para los restos de un personaje principal, que pasaría sin lugar a duda el mismo Apóstol, y otra para los criados o discípulos, que se tratarían de Atanasio y Teodoro³. Todo ello rodeado por un corredor, con muros de sillares de granito y mosaico en la celda. En ésta se encontraron restos de un mármol finísimo, quizás proveniente de un sarcófago. Todo ello revela que se trata de un edificio sepulcral romano, de la época imperial, plenamente coincidente con restos similares encontrados en Nimes, Roma, Mahón o Tarragona, por ejemplo. Además, aparecieron ungüentarios, lacrimatorios, un collar, una redoma, una campanilla, algunos granos de trigo y objetos de pasta de vidrio azulado semejantes a los encontrados en las Catacumbas Vaticanas, todos ellos de época romana, además de monedas de varias naciones, desde Carlomagno hasta Felipe II. En resumen, podría afirmarse que se trataba de un mausoleo romano de algún importante personaje cristiano del siglo I (Fernández, 2004).

Sin embargo, la inicial alegría del hallazgo se vio bastante menguada al no haber encontrado restos humanos. Se recordó entonces la tradición oral del ocultamiento de los restos en el ábside, detrás del Altar Mayor, ante la amenaza de Drake. Se comprobó que en el lugar que marcaba dicha tradición se había construido poco antes de 1823 un altar, al que acuda diariamente el clero a cantar la antífona *Corpora Sanctorum in pace sepulta sunt*. Además, endicho lugar había una estrella de mosaico en el pavimento, sobre la cual estaban pintados en la bóveda los atributos del Apóstol, incluidos el arca y la estrella.

³ La leyenda dice que cuando ella partió, el pilar permaneció en su lugar y siglos más tarde se convirtió en un santuario para peregrinos. Posteriormente el apóstol regresó a Palestina y murió en Judea a manos de Herodes Agripa; después dos de sus discípulos, Atanasio y Teodosio, trasladaron su cuerpo a través de las rutas marítimas romanas en un barco que comerciaba piedras, hasta llegar a Galicia, donde milagrosamente salvaron a un noble que había caído accidentalmente al mar y este salió cubierto de conchas de vieiras y gracias a esto, que consideraron un milagro, abrazaron el cristianismo y llamaron santo al que portaban, pues milagrosamente había salvado al caballero, desde entonces se dispuso que todo aquel que fueran a venerar al apóstol debía llevar una concha de vieira.

Rompiendo el pavimento justo en dicha estrella se encontró una urna conteniendo huesos pertenecientes a tres individuos varones, muy probablemente de los primeros siglos del Cristianismo, uno de ellos con síntomas de muerte por degollamiento. Se comprobó que una muela, atribuida a Santiago y conservada en el relicario de la Catedral, encajaba perfectamente en una de las mandíbulas encontradas, y que la apófisis mastoidea regalada por Diego Gelmírez la catedral de Pistoia, como reliquia del Apóstol, faltaba en uno de los cráneos. La urna había sido construida apresuradamente con materiales procedentes del edículo encontrado bajo el Altar Mayor, incluido un trozo de mármol idéntico al del presunto sarcófago. Hay dos hechos importantes para definir el contexto que llevan a esta decisión: por un lado, la Iglesia llevando a través de las ciencias humanas, como la arqueología y la filología, así como las ciencias duras, como la geología, un proceso basado en parte en el método científico positivista; y por otra parte el ministerio de León XIII a cargo del papado.

A partir de mediados del siglo XIX, la actitud de la Iglesia Católica hacia la ciencia fue variada y compleja. Por un lado, hubo una tendencia dentro de la Iglesia a unificar criterios en relación con la comprensión de la ciencia, especialmente dentro del clero. Sin embargo, esta tendencia era más débil entre aquellos que tenían una mayor circulación en espacios científicos ajenos al control directo de la Iglesia. Por otro lado, algunos católicos buscaron situar a la Iglesia Católica en el centro mismo de la razón y defender su papel en el desarrollo de la ciencia. Podemos establecer que hubo intentos de unificar criterios, pero también hubo diversidad de opiniones. Algunos católicos defendieron el papel de la Iglesia en el desarrollo de la ciencia, mientras que otros sectores anticlericales acusaron a la Iglesia de estar en contra del avance científico. Ahora bien, aquí es donde juega un papel importante el Papa León XIII desempeñó un papel importante en relación con la actitud de la Iglesia Católica hacia la ciencia. En 1879, publicó la encíclica *Aeternis Patris*, en la que buscaba unificar las vertientes teológicas de la Iglesia bajo el neotomismo. Esta encíclica tenía como objetivo establecer una base filosófica y teológica sólida para la comprensión de la ciencia dentro del marco católico.

Además, León XIII promovió el fortalecimiento de las instituciones científicas de la Iglesia. En 1888, fundó el Observatorio Vaticano y en 1893, la Pontificia Accademia dei Nuovi Lincei. Estas instituciones tenían como objetivo fomentar la investigación científica desde una perspectiva católica. También defendió la idea de que no podía existir una falta de concordancia entre la ciencia y la fe, argumentando que ambas se complementaban mutuamente. Esta postura se reflejó en el Concilio Vaticano I, en el que se concluyó que Dios puede ser conocido con certeza a través de la consideración de las cosas creadas y que no hay contradicción entre la fe y las verdades científicas. Por estas razones podemos asegurar que León XIII desempeñó un papel importante al promover el neotomismo y establecer una base filosófica y teológica para la comprensión de la ciencia dentro de la Iglesia Católica. También impulsó el

fortalecimiento de las instituciones científicas de la Iglesia y defendió la idea de la complementariedad entre la ciencia y la fe (Varela, 2021).

Un claro ejemplo de esto es el debate Antonio López Ferreiro y Louis Duchesne, filólogo e historiador francés, quien fuera mayormente crítico a la tradición conservadora de la Iglesia, radican en sus enfoques y conclusiones respecto a la tradición jacobea y el descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago (de Landázuri, 2016, 36-39). López Ferreiro, en su obra *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, adopta una postura más apologética y defiende la autenticidad de la tumba del apóstol Santiago en Compostela. Se basa en fuentes históricas y documentales, así como en las excavaciones arqueológicas realizadas en la Catedral de Santiago, para respaldar la tradición jacobea y la presencia de los restos del apóstol en ese lugar.

Por otro lado, Duchesne, en su artículo *Saint Jacques en Galice*, adopta una postura más crítica y cuestiona la veracidad de la tradición jacobea. Duchesne argumenta que el lapso entre la predicación apostólica y los testimonios previos al descubrimiento de la tumba es demasiado grande como para considerarla auténtica. Se basa en fuentes documentales y arqueológicas para sostener que la tradición de la tumba de Santiago en Compostela podría ser una construcción medieval. Estas diferencias en enfoque y conclusiones reflejan las distintas corrientes historiográficas y metodologías utilizadas por López Ferreiro y Duchesne en el análisis de la tradición jacobea. Si continuamos analizando el proceso desde la Iglesia, el cardenal Payá y el padre Risco desempeñaron roles importantes en relación con el descubrimiento y estudio de la tumba del apóstol Santiago en Compostela. El cardenal Payá, en su calidad de arzobispo de Santiago de Compostela, supervisó las primeras excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago en 1878 y 1879. Estas excavaciones tenían como objetivo principal encontrar las reliquias que se creían habían sido desplazadas de lugar para protegerlas. Bajo la supervisión de Payá, se exploró el área del altar mayor de la Catedral y de la girola, donde finalmente se encontró el sepulcro que se creyó ser el lugar donde se habían escondido las reliquias.

Por otro lado, el padre Risco fue un destacado historiador y erudito que recopiló y publicó una gran cantidad de información sobre la historia de la Catedral de Santiago y la tradición jacobea. Su obra "España Sagrada" fue una de las primeras en abordar el tema de la tumba del apóstol Santiago y sentó las bases para futuros estudios sobre el tema. Risco también colaboró con otros investigadores de su época, como el padre Flórez, en la recopilación y estudio de documentos relacionados con la tradición jacobea. Estos dos personajes desempeñaron un papel fundamental en el impulso y estudio de la tradición jacobea y el descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago en Compostela. Como ya señalamos, es en Roma donde las verificaciones y expertos de la Iglesia Católica determinarían los pasos concluirían con la verificación científica de la tumba del apóstol Santiago en Compostela:

Desde que nuestro Venerable Hermano el cardenal Paya y Rico, Arzobispo actual de Compostela, emprendió la restauración de la basílica, tomó la resolución, formada hacía tiempo en su espíritu, de descubrir el lugar donde se guardaban las reliquias de Santiago y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. (...) Nuestro Venerable Hermano, el cardenal arzobispo de Compostela, siguiendo las prescripciones del Santo Concilio de Trento, con el consejo de hombres doctos, piadosos y peritos habilísimos, formó las piezas de un proceso y preguntóse si era evidente que las reliquias descubiertas constituían la identidad de los cuerpos de Santiago el Mayor, Apóstol, y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. Sometiendo todo a las reglas de la disciplina eclesiástica y con juicio esclarecido respondió afirmativamente y aprobó. En seguida nuestro Venerable Hermano el arzobispo de Compostela enviarnos todos los autos y su sentencia, y nos suplicó confirmáramos ésta por el juicio supremo de nuestra autoridad apostólica [...] sabiendo también que dicho sepulcro estaba adornado y engrandecido con privilegios y honores por las constituciones de nuestros predecesores Pascual II, Calixto II, Eugenio III, Anastasio IV y Alejandro III, Nos hemos querido emplear para tan grande acontecimiento la diligencia que la Santa Sede acostumbra a desplegar siempre (La Ilustración católica Madrid, 1877).

Sin lugar a duda, Roma desempeñó un papel central en el proceso, supervisando las excavaciones, respaldando la tradición jacobea y colaborando con expertos en la verificación científica de la tumba del apóstol Santiago en Compostela. Ahora bien, más allá de estos eventos queremos destacar los señalamientos hacia la nación española en relación con el descubrimiento de la tumba, pero también al contexto por político español de fines del siglo XIX.

Como describe el siguiente fragmento:

Al fin en el último tercio del siglo XIX, en medio de una atmósfera saturada de maléficos errores vuelve á brillar en Compostela la brillante luz que guió á nuestros padres en los días felices de la Reconquista y formó aquella generación de sábios y de santos que hicieron del Campo de Estrella la ciudad primera de Galicia y una de las más gloriosas de España. Gloria al eminente Purpurado cuyo nombre se asocia al más grande y popular triunfo de nuestros días, á la más pura gloria de Compostela en la edad moderna, al principio de nuestra verdadera regeneración (Bartolini, 1885: 186).

En esta misma línea, y retomando a Álvarez Junco (2010), todo el siglo XIX fue un campo de batalla en donde se dio el nacimiento del nacionalismo español. No es casualidad, a nuestro entender, que es justamente en la última Guerra Carlista hubiese finalizado en febrero de 1878, y que, en las siguientes elecciones, celebradas en 1879, el partido conservador renueva el poder, pero esta vez con el golpista Arsenio Pérez Campos, con la reforma de la ley electoral de 1878 que ampliaba el sufragio a censatario. En 1878 y 1879 el rey sufrió dos atentados por parte de los anarquistas en Octubre de 1878 y en Diciembre 1879, de los que salió ileso, siguiendo la proclama anarquista que consistía en la creencia de que un acto tiene más valor que las palabras y que el hecho tendrá mucha más repercusión que ninguna acción teórica. Los dos autores fueron ejecutados con garrote vil. En el año 1879 cuando se crea el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) por Pablo Iglesias dentro del movimiento obrero, coincidiendo con el periodo de mayor trabajo arqueológico en Compostela y el hallazgo de los restos. Un momento que sostenemos política y culturalmente se estaba librando una batalla por el corazón de las clases populares. Como señala la introducción del libro *Apuntes biográficos de Santiago Apóstol el Mayor*:

El hallazgo del Cuerpo de Santiago Apóstol, el Mayor, acaecido en nuestro siglo y en nuestros días, es un suceso singularísimo que toma distinguido lugar en la historia de la Iglesia y en los fastos de la Nación Española. Para la Iglesia ha sido siempre la tumba del Apóstol una potente manifestación de la gloria de Dios en sus santos: para la España la tumba del Apóstol ha sido en todo tiempo el estandarte de la fé católica, de la prosperidad civil y de los triunfos sobre los infieles. Las muchedumbres cristianas que, venciendo las incomodidades y los peligros de un árduo viage, se dirigían con mucha frecuencia en los pasados tiempos á visitar aquella tumba para conseguir los maravillosos efectos de la protección Apostólica, demostraron la fuerza del Señor omnipotente y misericordioso que para ventaja y provecho de los míseros mortales, abría las fuentes de su beneficencia en los sagrados huesos de su Santo (Bartolini, 1885: 1).

De esta manera vemos como Santiago se posiciona tanto como una figura que representa a la Nación, al Rey, y la Iglesia. En síntesis, los postulados que más tarde se cristalizaran primero en el falangismo, tomando a José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange Española, consideraba que el catolicismo era un elemento fundamental en la construcción de la identidad española y en la unidad del país. El catolicismo también se reflejaba en el programa político de la Falange, donde se mencionaba la importancia de la unidad de España y se hacía referencia a la creencia en una "unidad de destino en lo universal" . Además, el falangismo se basaba en el tradicionalismo católico y consideraba que la creación de un "Estado Nuevo" y un "hombre nuevo" serían consecuencia de este tradicionalismo. Por lo tanto, el catolicismo era un elemento central en la ideología y la identidad del falangismo, y luego en el nacionalcatolicismo. A partir de 1939, el Vaticano no tardó en reconocer al gobierno de Burgos como gobierno oficial de España, disposición que Franco aprovechó para autodenominarse “Caudillo de España por la gracia de Dios”. A través del nacionalcatolicismo, la Iglesia vio como el Estado se declaró confesionalmente católico y cómo éste le devolvió lo que la República le había quitado: prohibición del matrimonio civil, monopolio de gran parte de la enseñanza. A cambio, el Jefe del Estado se reservaría el derecho de presentación, confirmado en el Concordato de 1953.⁴

Por todo lo dicho, la crisis se avecinaba y el símbolo de Santiago se transformaría en un símbolo que contuviera todos los territorios controlados por el Estado español. Desde la visión de Smith, podemos afirmar que, si bien este fue un movimiento que surgió desde la jerarquía eclesial y política española, la tradición y la resignificación de los mitos y las historias en Galicia, al menos para Santiago, se alinearon para refundar el *legendarium* que ya yacía en las clases populares y en una de las historias milenarias españolas. Es posible, aunque con reservas resaltar que las mismas autoridades señalan esto, aunque sería imposible desde el presente saber fehacientemente si es simplemente una exageración o una realidad que el autor señalaba desde su propia experiencia y no la institucional.

A efectos de tratar de dilucidar esto podemos citar:

⁴ El Concordato de 1953 marca los acuerdos con el Vaticano: confirmación de la confesionalidad católica del régimen; jurisdicción propia para el clero; pago del salario de los sacerdotes por el Estado; amplios derechos en la enseñanza; el Estado, a cambio, puede intervenir en el nombramiento de obispos.

[...] el entusiasmo de los verdaderos hijos de Santiago, que aplauden y bendicen á su dignísimo Prelado. No es posible expresar los sentimientos que «forman época en la historia de Santiago, ni menos expresar con exactitud el entusiasmo del «pueblo compostelano. Quédese para momentos más tranquilos y desahogados señalar los antecedentes de este hecho, dar cuenta de los minuciosos trabajos realizados indicar los fundamentos sólidos de esta restauración grandiosa, y referir minuciosamente lo que ha ocurrido « desde el año de 1878 en que los trabajos comenzaron. Por hoi nos limitamos á exponer, en nombre del pueblo de Santiago, el sentimiento que nos embarga por este fausto acontecimiento y enviar « maestras entusiastas felicitaciones al ilustre hijo adoptivo de Galicia que rige los destinos de la Diócesis y que tantos días de gloria prepara á la ciudad compostelana (Bartolini, 1885: 1).

Si bien la fuente lo afirma, sería importante continuar con la búsqueda de otras fuentes que puedan reforzar esta hipótesis. Santiago no solo ligaba a un pasado medieval, premoderno e idealizado, sino también al combate contra los moros, ese enemigo que ahora simbólicamente eran los socialistas, anarquistas, y también otros relatos nacionales que comenzaban a surgir en las zonas más prosperas del Reino. Finalmente es la iglesia a través bula del papa León XIII confirmó la autenticidad de las reliquias del apóstol Santiago el Mayor y sus discípulos Teodoro y Atanasio, invitando a los católicos de todo el mundo a volver a peregrinar a Compostela. Se publicó el 1 de noviembre de 1884. Tuvo su origen en el proceso promovido por la Iglesia compostelana ante el Vaticano en 1879, tras el redescubrimiento de dichas reliquias en la catedral de Santiago. Considerados en paradero desconocido al menos desde la segunda mitad del siglo XVI, los restos se buscaron en el templo, mediante una serie de prospecciones arqueológicas, por orden del arzobispo Miguel Payá y Rico, quien se encargó de las principales gestiones diplomáticas ante el Papado. La bula *Deus Omnipotens*, son sus dos palabras iniciales, se considera el documento moderno más trascendental para el actual proceso de esplendor de las peregrinaciones. Es difícil imaginar qué hubiese sido del santuario compostelano sin la localización de los restos del apóstol Santiago en su catedral y la exposición al culto en la actual cripta de la catedral. Abre un abismo todavía mayor pensar que la respuesta del Vaticano pudiese haber sido negativa. Antes de dar a conocer la bula, el papa adelantó la decisión mediante un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos dado a conocer el 25 de julio de 1884 en la iglesia de Santiago de Roma. En él se confirmaba la identidad de los cuerpos del apóstol Santiago el Mayor y los de sus discípulos.

Como ya señalamos, el papa León XIII oficializó definitivamente el proceso con la publicación de esta bula en noviembre. Su contenido llenó de satisfacción a la Iglesia compostelana y de razones al cardenal Payá, que había sufrido incomprendiones por su audaz decisión. El texto no sólo avala el hallazgo de las reliquias, sino que realiza una confirmación general de toda la tradición compostelana mediante lo que José Guerra Campos (1982) califica como una “síntesis histórica jacobea” . Fue otro gran motivo de alegría para la Iglesia de Santiago, que a lo largo de la historia había tenido que soportar frecuentes y duras críticas de distintos sectores eclesiásticos y hasta de la propia Roma, que le achacaba el escaso fundamento histórico de sus tradiciones, tal como señala el texto de la bula:

[...] para el mundo cristiano la protección del Apóstol Santiago y de sus discípulos, á todos los fieles de uno y otro sexo que en el día fijado por los Ordinarios de cada localidad, con sentimientos de verdadero arrepentimiento, confiesen y comulguen, pidiendo á Dios con fervor en las iglesias dedicadas á Santiago Apóstol, ó en defecto de estas, en la iglesia que designare el Ordinario, implorando la intercesión de Santiago por las graves necesidades y exaltación de la Iglesia, por la extirpación de las herejías y de las sectas perversas, Nos concedemos misericordiosamente en el Señor, al tenor de las presentes, indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, con la facultad de aplicar la indulgencia ganada, por vía de sufragio, á las almas detenidas en el Purgatorio. Y como la nobilísima nación española, por la maravillosa asistencia de Santiago, ha conservado la integridad y la inviolabilidad, de su fe católica, á fin de que el Dios de misericordia se digne (Guerra Campos, 1985: 152).

› **Conclusiones**

Desde la Baja Edad Media, el Apóstol Santiago ha sido asociado con la Península Ibérica, erigiéndose como un símbolo no solo de la fe cristiana, sino también de identidad política y militar. Su veneración en la Península y el reconocimiento de su papel evangelizador datan de antes de la caída del reino visigodo, aunque su caracterización política como patrón de Hispania se estableció a finales del siglo VIII. El descubrimiento de su supuesto sepulcro en las primeras décadas del siglo IX resultó particularmente útil para las autoridades asturianas, ya que les permitió reafirmar la herencia visigoda y, más importante aún, afirmar su independencia frente a las presiones ejercidas por el Imperio carolingio y el Papa de Roma. Santiago se convirtió en un pilar identitario que justificaba, sin interferencias externas, la recuperación de un territorio consagrado por su predicación apostólica.

A partir del siglo X, y aún más después de la consolidación de una leyenda en torno a la Batalla de Clavijo, la figura de Santiago adquirió mayor relevancia y se convirtió en un símbolo de la lucha cristiana y líder de los reinos del norte de la Península. En la segunda mitad del siglo XII, su importancia se intensificó, especialmente en el contexto de la reconquista del reino de Castilla. Su figura se convirtió en un fundamento moral esencial para el discurso reconquistador.

El discurso belicoso imbuido en la narrativa de Santiago, como se examina en este caso desde los reinos cristianos de la Península, sentó las bases para dos eventos significativos: en primer lugar, la exitosa cruzada de Las Navas de Tolosa en 1212 y, finalmente, la conquista del Reino Nazarí por parte de los Reyes Católicos en 1492. En la mentalidad de la Hispania de la Baja Edad Media, Santiago fue percibido como un santo y un guerrero que sustentó ideológicamente la aspiración de conquistar toda la Península Ibérica.

A partir del siglo XVI, con la expulsión de los moros de la Península, el surgimiento del Protestantismo y las crisis políticas y económicas que la Monarquía comenzó a afrontar, se inició una fase en la que la decadencia del Camino de Santiago, junto con la desaparición del cuerpo del apóstol, dio comienzo a una etapa de declive. Esta retracción no solo afectó la economía de la ciudad y las rutas que convergían allí, sino también la percepción de la figura de Santiago. Durante la época de la Conquista en América,

Santiago recobró cierto sentido bélico. Sin embargo, no fue sino hasta el siglo XIX, en el contexto del auge de los nacionalismos europeos, cuando Santiago, con su fuerte tradición escrita y oral controlada por la Iglesia, se convirtió en un símbolo unificador, resultando no solo útil, sino en cierto modo necesario para cohesionar la emergente "nación española".

Un aspecto que este trabajo no ha abordado es la asociación simbólico-religiosa de Santiago con el nacionalismo en el País Vasco y en Cataluña. En el caso del País Vasco, bajo la influencia de Sabino Arana, se observó un resurgimiento del culto a San Ignacio de Loyola. Los nacionalistas vascos previos a la guerra civil recordarán que sus dos festividades principales eran el Aberri Eguna y "el día de San Ignacio", actitud que se mantuvo incluso durante el régimen franquista. Para los primeros nacionalistas, la festividad de San Ignacio representaba la gama más completa de sentimientos religiosos, patrióticos y políticos que durante mucho tiempo caracterizaron al nacionalismo vasco. Por otro lado, en Cataluña, la figura de San Jorge (Sant Jordi en catalán) comenzó a popularizarse como patrono de Catalunya, junto con la Mare de Déu de Montserrat, patrona de Catalunya. Además, en todo el territorio catalán existen más de mil ermitas e iglesias románicas, y también otras más recientes, que tienen connotaciones nacionalistas. El 23 de abril, día de San Jorge, es un día festivo para el nacionalismo catalán. Ambos casos merecen ser estudiados a la luz del concepto de etnosimbolismo propuesto por Antony Smith, mediante un análisis comparativo que enriquecería tanto el estudio del nacionalismo español como el de otros casos europeos en los cuales la Iglesia Católica ha tenido una preeminencia política y religiosa destacada, como en el caso irlandés o polaco.

Este análisis a través de diversas fuentes intenta arrojar luz sobre un proceso que, tal como menciona Álvarez Junco, se inició con una victoria en la guerra de independencia, aunque a costa de perder casi todo el imperio que España había mantenido durante 300 años, hasta la llamada Tragedia del 98. La derrota frente a Estados Unidos condujo a una reconfiguración política, económica y cultural en España. Aunque de manera posiblemente inadvertida, Antonio Payá y Rico, a través de su ministerio, contribuyó al resurgimiento de Santiago de Compostela y del Camino. No obstante, la obra de Ferreiro es la que se destaca, ya que, rescatado como uno de los principales referentes nacionalistas gallegos, emprendió un trabajo tanto intelectual como de campo, convirtiéndose en una figura destacada en la arqueología española.

Después de mil años, Santiago y los caminos que convergen en él siguen siendo una columna vertebral identitaria, no solo para los católicos, sino también para una identidad de derecha que todavía hoy sueña con aventuras políticas y culturales inspiradas en un mundo premoderno que anhelan, aunque no hayan experimentado directamente.

Bibliografía

- Aldhel de Malmesbury (s/f). *Gran Enciclopedia del Camino de Santiago*. Bolanda.
- Baró Queralt, X. (2017). Beda el Venerable, Homilías sobre los evangelios, ed. Agustín López Kindler. *Medievalia: Revista de Estudios Medievales*, vol. 20, núm. 1, pp. 278-280.
- Bartolini, D. (1885). *Apuntes biográficos de Santiago Apóstol el Mayor, y esposición histórico-crítica y jurídica de su apostolado, traslación del cuerpo del mismo a España y su reciente descubrimiento*. Tipografía Vaticana.
- Castro, Américo (1966). *La realidad histórica de España*. Porrúa.
- de Landázuri, C. O. (2016). Santiago frente a Prisciliano: el debate entre Antonio López Ferreiro y Louis Duchesne, 100 años después: a propósito de un enigma de la "reinvención" compostelana de 1879 (IV). *Peregrino: revista del Camino de Santiago*, núm. 164, pp. 36-39.
- Eric, H., y Ranger, T. (2002). *La invención de la tradición*. Crítica.
- Fernández, E. M. (2004). Historia eclesiástica e historia de la Iglesia. Martínez San Pedro, M., y Segura del Pino, M. (coords.), *La iglesia en el mundo medieval y moderno*, pp. 13-28. Instituto de Estudios Almerienses. En línea: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2237886>> (consulta: 15-08-2023).
- Guerra Campos, J. (1982). *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago*. Cabildo de la Catedral.
- Guerra Campos, J. (1985). *La Bula "Deus Omnipotens"(1884)*. Edic. del Excmo. Cabildo de la S.A.M.I.
- Jiménez de Rada, R. y Fernández Valverde, J. (1989). *Historia de los hechos de España*. Alianza.
- Junco, J. (2010). *Mater dolorosa*. Taurus.
- La Ilustración católica* (1877). Madrid, 15/11/1884, núm 32.
- La Rioja. Ayuntamiento de Clavijo. El Voto de Santiago (s/f) <http://www.ayuntamientodeclavijo.org/El-Voto-de-Santiago.1815.0.html>
- Reina, C. D. (1960). *La Santa Biblia*. Reina-Valera
- Smith, A. D. (2004). *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*. Anaya.
- Varela, A. P. (2021). El historicismo artístico como herramienta de legitimación política y religiosa. Antonio López Ferreiro y la segunda invención del apóstol Santiago en Compostela. *Hispania sacra*, vol. 73, núm. 14, pp. 561-574.